

*Se hace de noche*, aunque todo sucederá antes de las nueve, lo sabe por las declaraciones posteriores que descartaron cualquier agravante por nocturnidad. ¿Hubo de verdad falta de premeditación?

Sólo dispone de unos segundos para preguntarse qué ocurre, por qué quieren agredirles. Son estudiantes corrientes, se lo acaba de decir Claudio, nada conflictivos. No militan en ningún partido, aunque estén comprometidos con ciertas causas sociales. No son radicales.

Silencio. Unos instantes de foto fija: la noche, el cedro inclinado sobre el banco, las palomas, el círculo animal en torno a ellos. Antes de que todo dé comienzo.

M, tumbado sobre el césped, se incorpora de un salto. Mira a su alrededor nervioso. Es el primero que recibe un golpe en la cabeza que lo deja derrumbado en el suelo. Claudio se encara con el agresor para quitarle el bate y defender a M. Los otros se le echan encima. Son ocho o diez. Gritos antagónicos se entremezclan. Gritos discordes, enemigos, ancestrales. Lo humano y lo salvaje. El aullido defensivo de las víctimas, el alarido furioso de los agresores. El pánico y la crueldad. El terror y la barbarie.

Alguien agarra a Ruth por el pelo y la golpea con el puño. Primero en la mejilla, le cruje la mandíbula, pierde unos instantes la visión y se tropieza. Luego en el estómago, dobla el cuerpo, segundos sin ser capaz de respirar, la arcada. Reúne fuerzas para escapar, el instinto de supervivencia repara el cuerpo, agiliza los músculos. Echa a correr hacia las acacias, los álamos, los acirones, hacia el chorro disparado al cielo de la fuente, hacia el estanque. No resistirá una carrera larga, los calambres la hacen tambalearse.

Atrás se escuchan el dolor, la ira y el miedo. Bramidos de animales depredadores. El castigo de los cuerpos, la histeria, los insultos, “escoria”, “cerdos”, “drogas”, “limpieza”, “inmundicia”. Correr, correr como una rata, correr, correr, correr. El vestido le entorpece los movimientos. Le falta el aire.

Cree haber escapado, cree encontrarse a gran distancia, pero quizá siga siendo visible y ella es un blanco fácil con su vestido, su torpeza, su cobardía.

Se abre paso entre los arbustos que hace unos minutos le ha señalado Claudio. Las ramas le hieren la cara y los brazos, de un modo cálido, grato, extrañamente hospitalario, como si el dolor de esas heridas fuese un mal necesario. Cae a la tierra áspera, palpa la broza fresca entre esos matorrales de nombres recién aprendidos: aligustre de California, agracejo, acebo.